

*«Japón construye bicicletas, y nosotros hemos tenido que cerrar Manufrance; Japón hace automóviles y nosotros tendremos que cerrar Renault. Si Japón decide producir queso Camembert y vino, tendremos que cerrar Francia.»*

# COLUCHE, o la quema de la política

EDUARDO HARO TECGLÉN

**N**O todo es broma en el fantástico, imposible candidato a la presidencia de la República Francesa, Michel Colucci, llamado Coluche en el mundo al que pertenece, el del teatro cómico, el music hall. O la broma es ácida, aguda, penetrante para este cuerpo blando de los electores franceses, tan desconcertados y tan cansados. Ya está incluido en las encuestas de opinión pública, y resulta que su porcentaje de admiradores (12,5) le sitúa por encima de Michel Debré, que fue primer ministro con De Gaulle, por encima

de Brice Lalonde, que aspira a la presidencia seriamente, en nombre de los ecologistas. Sólo está un poco por debajo del candidato comunista, Marchais (14%), de Jacques Chirac que representa la pura herencia de De Gaulle (15%) o del socialista Mitterrand (18%). No va a prosperar, naturalmente, y probablemente su candidatura no será nunca oficial. Tendría que conseguir para ello 500 firmas de «grandes electores» (personas que ocupan cargos por elección popular); pero hay en Francia 41.433, y puede pensarse que entre ellos pudiera haber quinientos que... De todas formas existe una comisión nacional de Control de la campaña, que puede eliminarle, que incluso ha declarado ya que la forma en que Coluche se está comportando podría eliminarle, e incluso hacerle incurrir en posibilidades. En último caso, está él mismo, que no piensa llegar demasiado lejos. (Quizá haya llegado ya demasiado lejos). Piensa incluso que podría pasar el primer turno; pero se retiraría antes del segundo. Y no vacila en decir que si llegase a ser elegido «sería una catástrofe para Francia».

Michel Colucci, Coluche, es un actor cómico muy aplaudido; antes ya de esta gran aventura había quien le consideraba el mejor cómico de Francia. Sus gafas, sus «pull-over» de intelectual, le dan un aspecto respetable, una imagen que prende. Llena todas las noches el teatro Gymnase; hay filas infinitas de gentes que esperan su turno para entrar a ver su última película. Vive en un hotelito particular junto al Parc Montsouris de París; en su pequeña tertulia se hablaba un día de las elecciones, y sus amigos le preguntaron qué iba a votar. «Voto



abstencionista», fue su respuesta; como la de tantos franceses. Pero llevado por fuerza profesional de su verbo, siguió adelante: «Y soy fiel a ese partido; más que Marchais al suyo. Soy el rey, soy el presidente, soy más aún: soy el candidato de los abstencionistas». La broma saltó a la calle. Coluche pensó que podía ser algo excelente para su espectáculo, y la noche siguiente salió al escenario con una banda con los colores nacionales —la que tienen derecho a llevar todos los políticos elegidos por el pueblo, a partir del presidente de la República— y dijo unas cuantas bromas. El público se puso en pie y gritó: «¡Coluche presidente!». El popular cómico y sus espectadores de esa noche no sabían lo que habían despertado. Una fiebre. Los periódicos —y

los más serios— comenzaron a ocuparse de él. La inmensa broma fue creciente. Coluche tuvo derecho a una portada en «Le Nouvel Observateur», a un artículo en primera página en el «Times» de Londres, a un análisis de Flora Lewis en el «New York Times». A un editorial de Jean Daniel, a artículos en «Le Monde», «Liberation» —el diario al que Sartre dio una imagen de radicalismo, de protesta— publica a diario sus opiniones. Y las encuestas mostraron que un elector de cada diez está dispuesto a votar a Coluche. Comenzaron a suceder ya cosas más graves: Coluche recibió amenazas de muerte; y un día su ayudante apareció asesinado. Hay pocas dudas de que fue un delito común; pero el suceso se añade a la leyenda.

Todo esto no sucede por casualidad. Ni siquiera dentro de una tradición francesa de broma con la política. Hubo ya hace años un candidato fantástico, Ferdinand Llop, el «estudiante eterno», que se presentaba a todas las elecciones. Pero el límite de la broma estaba bien establecido. Tiempo después apareció Poujade, con un significado bastante mayor: un pequeño comerciante defendiendo los intereses de los pequeños comerciantes con una demagogia fascistoide, pero que prendió en un país donde esa clase es muy numerosa, y en un momento de gran crisis en el sector amenazado por los grandes almacenes y otras concentraciones comerciales. Poujade llegó lejos, y luego se extinguió. Pero Coluche no tiene hoy inconveniente en decir que es un «anarco-pujadista». Como en el caso de Poujade, Coluche se beneficia de

un desprecio general por la política, y muy especialmente por los políticos. Y la proximidad de las elecciones presidenciales, el principio de la campaña no oficial, está despertando, otra vez, este desdén popular, que probablemente tuvo su momento más grave en mayo de 1968; se extinguió el espíritu de mayo, lo que podría tener de positivo y de constructivo, pero queda su entropía, como siempre; todo aquello de destructivo, de denuncia, de la clase política.

Las elecciones presidenciales presentan una serie de nombres más bien quemados. Pero no hay otros. En primer lugar, está el presidente actual, Giscard d'Estaing, alcanzado por algunos escándalos —como el del regalo de diamantes del emperador Bokassa— pero, sobre todo, por siete años de gobierno y por la posibilidad de que su mandato se prorrogue por siete años más. Una cifra exagerada, que convierte a un presidente en un rey, pero con muchos poderes. Fue De Gaulle quien modificó la Constitución —antes, la presidencia se ejercía por cuatro años y con poderes reducidos por el parlamento y el gobierno— para hacerla a su medida; pero ni él mismo, con su vocación de vitalicio, pudo resistir el desgaste. No llegó a los siete años; como tampoco llegó —murió— su sucesor, Pompidou. No se consigue la estabilidad prevista; se consigue forzar el tiempo a costa de una inflexión de la presidencia elegida hacia la autocracia. Algunos datos se van añadiendo. Por ejemplo, la persecución judicial contra «Le Monde» en un país donde la libertad de prensa es sagrada, y sobre todo donde «Le Monde» aparece como un templo. O pequeños detalles protocolarios: se acaba de contar en París que en las comidas presidenciales, cuando no está presente Mme. Giscard o un jefe de gobierno extranjero, el puesto situado frente a Giscard ha de dejarse vacío; y los servidores le sirven primero a él y a sus familiares, y luego a sus invitados. Un protocolo real.

Por eso Mitterrand, candidato de la oposición, suele decir que Francia «ya no es exactamente una república». Pero Mitterrand tiene sus quebras en la opinión. Hay un viejo escándalo, el del atentado de los jardines del Observatorio, en el que Mitterrand salvó

---

**«¿Por qué un  
comediante no tendría  
derecho a entrar en la  
política? Reagan era un  
comediante, el papa  
también. La señora  
Mao, también.»**

Enero 1981



## COLUCHE

su vida como por milagro y tuvo un comportamiento valiente; pero poco después se descubrió que el atentado se lo había preparado él mismo. Para esas cosas la memoria es larga. Mitterrand entró después en el desmembrado cuerpo del partido socialista, quemado por la guerra fría, y lo reconstituyó, le dio vigor y energía; pero siempre se ha visto que realmente no fue nunca, ni lo es —a pesar de sus libros teóricos— un verdadero socialista. Dentro de su partido se le ha disputado la candidatura, por parte de Michel Rocard. Tampoco le ha favorecido la ruptura de la unión de la izquierda.

Estos son los dos grandes candidatos, los únicos que tienen posibilidades. Por el momento, se inclina la balanza hacia Giscard. Sobre todo, por el reflejo hacia el poder constituido, y por la importancia de los abstencionistas y de lo que aquí llamamos «desencanto».

Chirac, Debré, se disputan la túnica

responsabilidad», dice Jean Daniel cuando habla del «coluchismo». Considera que el país sufre de lo que un psicólogo considera «un conflicto de tendencias que provoca una neurosis» y se extraña no de que este fenómeno esté sucediendo, sino de que no haya sucedido antes.

No es sólo Jean Daniel: hay sociólogos, científicos, psicólogos, que se manifiestan sobre el caso, y lo analizan. Cada uno retuerce sus argumentos para llegar al mismo final: hay una quiebra de la política, hay una quiebra de la moral de las estructuras éticas en Francia (ellos dicen en Francia, porque es el país que observan; están más acentuadas en otros lugares del mundo).

Mientras, Coluche sigue destilando sus formas de protesta. Parece que los analistas se han inclinado más a estudiar al público, el elector y al adicto, a la textura de la sociedad, que al propio comediante. Quizá por su misma naturaleza escénica, por su en-

pio de ese tipo de comediantes. Es él quien se presenta ante el público con un lema en el que las palabras tradicionales «Libertad, igualdad, fraternidad» han sido sustituidas por «obscenidad, debilidad, vulgaridad». Y dice: «Todo esto no es serio; por eso es terriblemente serio». Y él quien parodia a De Gaulle en su famoso «papel» del 18 de junio, pidiendo la unión de Francia contra el invasor: desacralizándolo. No elimina a nadie de su crítica. La policía: «El año pasado, ha hecho las cuentas, los policías han matado más personas que los gángsters, pero lo dice». El Estado: «El enemigo no es el patrón, es el Estado. Si tres fontaneros quieren unirse para montar un negocio, no se puede a causa de los impuestos y todo lo demás. En el teatro intentamos no ser devorados por los impuestos y la seguridad social». Poco a poco, la palabra de Coluche va abandonando el chiste, el humor, la exageración: haciéndose más política.

Todo eso ¿no es fascismo? No lo es en tanto que definición, y que oficialización. En defensa de Coluche aparecen periódicos de la extrema izquierda, pensadores revolucionarios. La derecha le ve con temor: una cosa es atacar a los políticos y otra las instituciones de la autoridad, los límites de los poderes públicos.

Pero el fascismo está ahí. Ya no son sólo las personas de la política las que aparecen como fantoches, al toque de este ácido corrosivo; son los partidos. Y más allá de los partidos, las ideologías. Y el Parlamento, y el Gobierno y la presidencia de la República. Pero la verdad es que no fue Coluche, no fue el payaso, el que despertó todo esto. El payaso de oficio está siempre proyectando la payasada de los demás.

Probablemente el problema es que no va a pasar, lógicamente nada. Coluche ganará cada vez más dinero y aumentará su popularidad: ha pasado a ser un personaje mundial. Las elecciones tendrán sus dos turnos dentro de la seriedad acostumbrada. Probablemente vencerá Giscard —que todavía no ha anunciado su candidatura, incluso su esposa está diciendo que su íntimo deseo es que no siga adelante: «Pero si el pueblo lo pide...», y se encaminará a cumplir los siete años más que le situarán en catorce de presidencia: tiene ahora 53 años, y goza de una excelente salud. Y hay mucha gente en Francia que piensa que este desnivel, esta desnaturalización de la democracia, esta aproximación a la «dictadura dulce», cada vez más penetrante, es todavía más grave que el hecho de que un «clown» finja ser aspirante a la presidencia de la república y obtenga una considerable adhesión popular e intelectual. ■ E.H.T.

---

**«Yo soy el rey, soy el presidente, soy más aún: soy el candidato de los abstencionistas.»**

**«Si soy elegido Presidente, sería una catástrofe para Francia.»**

---

de De Gaulle; no tienen su carisma y se inclinan demasiado a la derecha. Francia es un país eminentemente conservador, pero tiene mucho cuidado, tradicionalmente, para los políticos excesivamente conservadores, capaz de utilizar la constitución hacia la autocracia con mucha más fuerza de lo que lo está haciendo Giscard. Marchais es el secretario general del partido comunista; nunca ha habido posibilidades de que un comunista acceda a la presidencia de la República Francesa, pero hay menos en el caso de Marchais. Su partido, que aún cree estar dentro del eurocomunismo, se ha manifestado excesivamente prosoviético en asuntos para los que la opinión pública es muy sensible, como el de Afganistán; incluso ahora, con el tema de Polonia, su opinión no es satisfactoria. Se le reprocha también que hiciera imposible la unión de la izquierda. Marchais puede tener los votos de los militantes en el primer turno, para cedérselos a Mitterrand —si hay acuerdo— en el segundo. Pero nada más. El candidato ecologista despierta una simpatía que tiene la medida de lo utópico. Reúne los votos de protesta de la situación actual, pero nada más. Nadie piensa que pueda ser un presidente de la República. Y lo demás no existe.

«Todos tenemos nuestra parte de

voltura cómica, que él mismo considera como una posibilidad más: «¿Por qué un comediante no tendría derecho de entrar en la política? Reagan era un comediante, el papa también. La señora Mao también». Y Eva Perón. Pero también habría que discernir si los políticos que no han pisado jamás un escenario no son también comediantes, en estos tiempos, o no ha quedado demasiado al descubierto su trama de comediantes. Hace poco un viejo parlamentario que se ha retirado de la política por la edad publicaba una primera página de «Le Monde» un artículo titulado «Adiós al teatro»; el teatro era el parlamento. Y «Le Nouvel Observateur» titula en portada: «La comédie française»; y esa comedia es el Palacio del Eliseo y las luchas por el poder.

«El grado cero de la política no es forzosamente estúpido», dice un manifiesto coluchista que firman, entre otros, Guattari y Giles Deleuze. Coluche lleva su grotesca campaña al grado cero de la política. Pero, cuidado, lo grotesco no es nunca desdeñable, ni poco inteligente. «Puedo decir educadamente a estos políticos —apunta Coluche— que no he sido yo quien ha comenzado todo esto». Pero es él quien lo fuerza, quien lo lleva adelante con terquedad profesional, con una exageración del efecto pro-